

Robert WRIGHT, *Nadie pierde. La teoría de juegos y la lógica del destino humano*, Barcelona, Tusquets, 2005.

Desde sus orígenes, la grandeza de la Historia ha estado ligada a la escritura. Es claro que, desde la misma aparición de la humanidad, incluso los pueblos primitivos sintieron gran necesidad de conservar en la memoria los hechos y recuerdos más relevantes y que lo hicieron en forma de mitos y relatos orales que, convenientemente codificados, pudieron ser mantenidos en la memoria activa de la sociedad y transmitidos con bastante fiabilidad a lo largo de muchos siglos. La necesidad parece haber sido constante, pero sólo la escritura ha proporcionado a la historiografía el soporte a largo plazo susceptible de durar indefinidamente con absoluta precisión, como ejemplifican los poemas homéricos, los Comentarios Reales del inca Garcilaso de la Vega y tantos otros recopiladores de noticias “protohistóricas” de pueblos iletrados entre uno y otro. Pero, más importante aún que como soporte de la historiografía, la escritura ha venido a ser desde su invención la mejor fuente para dar a conocer el pasado; especialmente aquel pasado que no haya sido previamente codificado para su transmisión y uso social —es decir, estructurado convenientemente y, en consecuencia, inevitablemente sesgado— y dispuesto para su conservación a largo plazo.

La escritura ha sido, pues, el soporte privilegiado para el conocimiento de los hechos históricos, grandes y pequeños, y, por encima de todo, proporciona a la especialidad ciertas cualidades que los historiadores hemos explotado hasta el extremo, como una gran precisión en los detalles, abundancia de datos personales y notable rigor —no siempre exento de serias complicaciones, especialmente cuando se trata de pueblos antiguos— en lo referente a la datación. No es, pues, de extrañar que, dada la función social de la historiografía, las facilidades proporcionadas por la escritura hayan orientado el camino seguido por la historiografía durante siglos, o más bien milenios, por una senda en cierto modo predefinida, que la aproxima a la literatura moral, pero que, inevitablemente, la ha alejado de las modernas ciencias sociales. Ello es tan cierto e incluso tan actual que la moderna reacción de los historiadores contra la clásica historia “episódica” no ha logrado contrastar aún la dura condena de Kart Popper en su célebre *Miseria del Historicismo*. En buena medida podemos sostener que la reacción contra esa historia tradicional es, en realidad, una reacción contra los defectos de la propia fuente escrita, concretamente su interés excesivo por los detalles, el carácter decididamente lineal de su argumentación y, en suma, su carácter fragmentario o sesgado. Un sesgo que no se debe sólo a la pérdida de muchos de los documentos que un día pudieran haber existido y al consiguiente olvido de los hechos que reflejaban. Me refiero, más bien, al sesgo inducido por el hecho mismo de que sólo una parte de la información real que posee y usa una sociedad activa

es realmente recogida en los textos escritos. Una afirmación tanto más válida cuanto más nos remontemos hacia el pasado. En tales condiciones no es extraño que el carácter científico de la Historia haya quedado seriamente en entredicho.

Por lo general, los historiadores intentan completar y simplificar el conocimiento de los hechos por medio de una estrategia que nuestro autor condena con una vigorosa paradoja: «parece el caos» —escribe—. El problema, sin embargo, es que no es lo bastante caótico. El motivo de que la historia antigua parezca un caos es que estamos utilizando un teleobjetivo, enfocando regiones pequeñas y cronologías limitadas. Si mirásemos de más lejos y dejáramos que los detalles se mezclaran, tendríamos una imagen más general: los siglos pasan y las civilizaciones vienen y se van, pero la civilización prospera, aumenta su radio de acción y su complejidad».

Parece pues que, enfrentados al deseo de hacer de la Historia una ciencia moderna, los historiadores habrán de renunciar a la masa acumulada de conocimientos escritos, pacientemente estudiados hasta ahora, o al menos tendrán que disolverlos en una dosis mucho mayor de “otros conocimientos”, los más de ellos procedentes de la Arqueología. Es ésta una disciplina que, a diferencia de las basadas en la escritura, suele proporcionar pocos datos personales y resulta relativamente imprecisa en las variables cronológicas, pero que recupera, en cambio, gran cantidad de información sistémica, y la localiza con extraordinaria precisión en el espacio, un aspecto importante en el que también la escritura suele ser un tanto deficitaria. La Arqueología, por ende, se ha beneficiado del desarrollo tecnológico moderno en medida mucho mayor que la historiografía, de modo que su capacidad actual para extraer información de los fragmentos recuperados es, a estas alturas, extraordinaria. Otras ventajas adicionales son de destacar: la información que nos proporciona la arqueología es mucho más dilatada en el tiempo —en órdenes de magnitud de varios miles de millones— de la que pueden recoger los más antiguos sistemas de escritura. No obstante, la interacción entre Historia y Arqueología es necesaria en la medida en que ambas disciplinas se iluminan mutuamente, particularmente en lo que la arqueología no puede determinar con precisión, la función social de muchos de los restos materiales descubiertos, especialmente los de naturaleza simbólica. En este punto la Historia manifiesta una vez más los defectos de su extrema juventud, ligada a la escritura, y debe ser suplida por medio de paralelismos con otra ciencia social afin, la Antropología.

Pero, por encima de la naturaleza de su estilo argumental y del carácter de las distintas fuentes que suelen usar las disciplinas respectivas, más allá de las características que aquellas les imponen, la cuestión central ha de referirse a la misma posibilidad de definir hipótesis causales, más allá del obvio encadenamiento y de los episodios, y de contrastarlas de forma metódica para determinar empíricamente leyes generales que rijan la evolución de la historia humana. Esa fue la crítica de Popper y ésa sigue siendo hoy la gran cuestión pendiente. ¿Seremos capaces los historiadores presentes y futuros de afrontarla? ¿O surgirán, acaso, nuevas disciplinas, desglosadas una vez más del tronco histórico, que se centren sobre problemas y métodos particulares y terminen por asumir un perfil diferenciado? No sería sorprendente que, una vez más, surjan respuestas nuevas, que se desgajen nuevas ramas de conocimiento en la pauta citada en segundo lugar, como un día acaeció con la Economía, la Sociología o la Antropología. No obstante, la aparición y generalización del moderno evolucionismo permiten comenzar a pensar en la via-

bilidad de una opción general que venga a inscribirse en la orientación mencionada en primer lugar. Si algo inspira el libro de Wright por encima de cualquier otro objetivo general creo que es precisamente ése, el intento de sentar las bases para una historiografía futura con aspiraciones plenamente científicas, una tarea en cuya gestación habrán de intervenir en mayor o menor medida todas las ciencias sociales estructuradas en torno a un argumento evolucionista analizado a muy largo plazo.

Todo lo dicho viene a cuento de la obra que nos ocupa, cuya ambición e interés justifican tan larga introducción. De entrada el autor reivindica —en una detallada discusión metodológica de gran interés centrada sobre Frank Boas y su escuela antropológica— la posibilidad de sostener la existencia de leyes históricas en sentido estricto y, en particular, renueva y trae de nuevo al centro del debate científico la vieja y discutida idea del progreso. Para ello cumple plenamente las dos condiciones que acabamos de expresar para aceptar una ley científicamente válida: utiliza un método riguroso de análisis y define el problema en términos consistentes con dicho método de modo que resultan contrastables. Dicho método no es otro que la teoría de juegos —que imbrica en un único fenómeno los intereses de diferentes jugadores— y la definición del problema que nos propone se reduce a afirmar que, por encima de los detalles y a condición de centrarnos sobre aspectos de muy larga duración, la civilización crece y progresa con el tiempo. *«Los arqueólogos —escribe— no pueden dejar de advertir que, por norma, cuanto más cavan, más sencilla es la sociedad cuyos restos encuentran. [...] los cambios en la estructura social se producen antes o después, y lo más probable es que la complejidad aumente y no que disminuya»*. Invirtiendo el argumento es claro que a muy largo plazo, por encima del comportamiento aparentemente caótico de los acontecimientos históricos, se aprecia claramente un progreso sostenido en las sociedades en su conjunto, tanto en las sociedades humanas como animales, y hasta el conjunto de toda la historia de Gaia —lo que a su vez lo lleva a otra interesante polémica metodológica con Steven Jay Gould y otros conocidos naturalistas—. Y como indicador del progreso milenario, Wright utiliza el concepto de «aditividad no nula», cuya mecánica a nivel micro le permite explicar la evolución a largo plazo de las sociedades. No parece necesario insistir en que el punto de vista del autor se inscribe plenamente en las modernas teorías evolucionistas, tanto sociales como biológicas o ecológicas, cuya identidad formal reivindica de forma convincente.

De este modo la historiografía asume nuevos criterios de actuación. *«La clave de la pauta histórica —escribe— no es la predeterminación de todo lo que se hace. La clave es la resistencia, a largo plazo, a la falta de determinación. Un gobernante Ming, quién sabe si por capricho, suprime los viajes oceánicos de China y la nación más avanzada del planeta se encierra en sí misma; la imagen general, sin embargo, se mantiene intacta: la globalización y la era de la información con todo su bagaje político, están escritas»*.

Contra la tendencia hoy dominante en medios académicos, la obra que comentamos es en su conjunto un inmenso alegato a favor del estudio de la historia en la mayor amplitud posible. Aunque presta una atención especial a las sociedades primitivas y más reducido de lo habitual a las modernas, en el esquema de Wright el estudio de la tecnología ocupa un papel central. Y, como era de esperar, la entiende en un sentido muy amplio —siempre inserta en una matriz social— de modo que, además de las tecnologías propiamente productivas valora de forma singular las tecnologías propiamente sociales y, muy especialmente, las destinadas a fomentar la confianza mutua y luchar contra el oportu-

nismo y el engaño, principales dificultades para el desarrollo de la cooperación. La acumulación a largo plazo de la “aditividad no nula” en el conjunto de la sociedad humana viene a ser el soporte central de su construcción, y ello le empuja a insistir sobre los costes de transporte y, sobre todo, de información. En este punto los adelantos tecnológicos, por un lado, pero, sobre todo el aumento sostenido de la densidad de las poblaciones y su tendencia a concentrarse en determinados núcleos especialmente poblados se explican y refuerzan precisamente por la acumulación de aditividad no nula. Así, la historia de la humanidad viene a quedar descrita en forma de un aumento secular de la población, que conduce a las oportunidades sucesivas para iniciar la agricultura, crear ciudades, expandir y diversificar el comercio y generar redes planetarias de intercambio de bienes y de ideas hasta configurar la sociedad de mercado, el sistema social más complejo y eficiente para la transmisión de información y de incentivos para la cooperación. La presión demográfica —¿causa o efecto del fenómeno que nos ocupa?— se asocia al desarrollo de nuevas tecnologías para la cooperación y la información. La argumentación de Wright en este punto se articula en una vigorosa metáfora, “el cerebro invisible” de la humanidad, con paralelismo expreso a la conocida metáfora de Adam Smith. A lo largo de muchos milenios, el desarrollo del comercio impulsó la evolución y el progreso de dicho cerebro colectivo y la acumulación ulterior de aditividad no nula en beneficio de todos los grupos sociales que quisieron o pudieron participar en ese gran juego.

Es preciso resaltar que el modelo propuesto encierra un poderoso mecanismo de realimentación, que asegura por sí mismo el crecimiento sostenido a largo plazo de la aditividad no nula y de las poblaciones. Por ejemplo, cuando enjuicia la aparición del capitalismo y el adelanto secular de Europa, Wright razona de esta manera:

«lo más importante, para los fines de este libro, es ver cómo los memes en general explotaron el mapa político de Europa. En este invernadero de competencia internacional, las tecnologías de la energía, de los materiales y de la información —comprendidos los algoritmos del capitalismo y del gobierno político— estaban destinadas a crecer y multiplicarse [...]. En este sentido, el triunfo final de Europa no se limita a ser coherente con la teoría de que hay una orientación en la evolución cultural; la teoría, además, predice prácticamente este triunfo. Al fin y al cabo, la velocidad de un proceso evolutivo depende sobre todo de dos factores: el ritmo con que afloran novedades potencialmente fructíferas y la rapidez de difusión de las novedades manifiestamente fructíferas. La Europa del siglo XV, repleta de comunidades políticas en competencia pero en comunicación, puntuó en ambas categorías más alto que ninguna otra parte de Eurasia».

No ignora el autor el lado oscuro de la teoría de juegos. Precisamente ese lado por el que se orientaron los primeros estudios y que llevó a una primera generación de estudiosos en la materia, armados con el célebre dilema del prisionero, a negar la posibilidad misma de cooperación espontánea y libre en las sociedades. Aunque todo el libro es en realidad un alegato contra aquellas interpretaciones iniciales de la teoría de juegos, el autor reconoce claramente su omnipresencia cuando afirma que siempre existen juegos de suma cero que complican infinitamente los detalles. Pero incluso estos fenómenos encuentran un papel funcional en su esquema en la medida en la que los colapsos de civilizaciones enteras, o los periodos de barbarie que les siguieron a menudo, son asumidos

como podas imprescindibles para ulteriores procesos de renovación social e institucional en la que la gobernación sigue al comercio y a la aditividad no nula. No es nueva la interpretación conforme a este punto de vista del auge de la civilización europea. Sí que lo es, en cambio, la interpretación ulterior del previsible futuro de la globalización a largo plazo, de la que espera ver aparecer, impulsado por el mecanismo de la acumulación de de aditividad no nula, un sistema de gobierno planetario.

Poco más de la mitad del libro se dedica a la reinterpretación de la historia de la humanidad en los términos que hemos descrito. A continuación siguen dos partes bien diferenciadas, la primera muy común hoy y la segunda realmente singular. Para empezar, dedica algunos capítulos adicionales a exponer el paralelismo entre la evolución cultural —el mundo de los memes— y la evolución biológica —el mundo de los genes— y reinterpretada ésta a la luz de la teoría de juegos y de la aditividad no nula. En ella no hay nada realmente sorprendente salvo el rigor con que la plantea y el vigor que la realimentación interna implícita en el argumento da al mecanismo evolucionista. Más original e inesperada es la parte final, titulada «De aquí a la eternidad». Si Wright sostiene desde el principio haber reintroducido en la historia y en la evolución natural una flecha temporal orientada en el sentido del progreso, un cierto diseño evolutivo más o menos espontáneo, pero ordenado y coherente, puede parecer sorprendente, pero no falta de lógica, verlo concluir con una excursión, en torno a ese cerebro global ya mencionado, en busca de una posible interpretación finalista de la Evolución y de la flecha del progreso que invoca. Se mueve así por el terreno de la teología más o menos natural sin abandonar ni el argumento inicial ni el diálogo crítico con los más avanzados pensadores sociales del momento.

El texto es bueno, de modo que hace fácil y amena la lectura. La prosa, clara y agradable, resulta amistosa para el lector, sin caer en un excesivo coloquialismo. Como logro principal citaré algunas metáforas que probablemente tengan futuro. Ya he mencionado el “cerebro invisible” de las sociedades pero no me resistiré a recordar su mención a la “belleza fractal del feudalismo”. Y junto a las metáforas algún valioso oximoron, como el “caos insuficientemente caótico” que también hemos mencionado.

El autor, que publicó en 1994 *The Moral Animal*, un estudio de alta relevancia también sobre la antropología evolutiva, es miembro del Center for Human Values de la Universidad de Princeton y colaborador de la New American Foundation, centro del moderno “centrismo radical” norteamericano con el que colaboran autores bien conocidos entre los historiadores económicos como Francis Fukuyama o Daniel Yergin, entre otros muchos.